

La acriticidad del “libro de texto”

Víctor Hugo Quintanilla Coro

Es muy significativo el hecho de que la educación, que tiende a comunicar los conocimientos, permanezca ciega ante lo que es el conocimiento humano, sus disposiciones, sus imperfecciones, sus dificultades, sus tendencias tanto al error como a la ilusión y no se preocupe en absoluto por hacer conocer lo que es conocer.

Edgar Morin

No se enseña a los hombres a ser razonables y se les enseña todo lo demás.

Pascal

Uno de los recursos didácticos más recurrentes en la educación moderna es el libro de texto. Esto, a la vez, quiere decir que este recurso de tecnología educativa se erige como uno de los tipos de libros en los cuales más presente está la acriticidad de la racionalidad del mundo moderno. El razonamiento es sencillo: a la racionalidad moderna no le interesa tener detractores,¹ entonces ¿qué mejor maniobra que usar verdades enciclopédicas para hacer creer que sólo existe UNA cultura, UNA literatura, UNA historia o UNA economía, en lugar de culturaS, historiaS o economíaS? La condición constitutivamente acrítica del libro de texto, por lo tanto, está determinada por su carácter enciclopédico, característica a la que subyace la creencia de que existen verdades que no podemos dejar de aprender, porque serían esenciales para “ser modernos” y no caer en la “ignorancia” de quien, por ejemplo, no ha leído el Quijote de Cervantes o no sabe que la cuna de la civilización occidental es Grecia.²

Contrariamente a lo que piensan muchos autores y autoras de libros de texto, el modo cómo se presenta el conocimiento original no tiene nada que ver la estructura de un libro de texto. El conocimiento, como formalización de un pensamiento, se presenta bajo la forma de un

¹ Ésta es una alusión directa a quienes asumen la postura de que la crítica no le resta ni aumenta nada a la modernidad y su onda globalizadora. Al parecer, es mejor quedarse cruzado de brazos porque de todas maneras, y le pese a quien le pese, la razón moderna seguirá haciendo de las suyas.

² A este respecto, las identidades mal llamadas indígenas no se amilanan cuando encuentran señores de traje y corbata o damas de blusa de seda y perfumes caros absolutamente ignorantes en las prácticas locales de las comunidades étnicas. Los caballeros y las damas, en cambio, sí hablan sobre la ignorancia de “esos pobres” a quienes hay que ayudarles a acceder a la cultura del mundo moderno. ¿Hay en esta actitud un mínimo de eticidad? No me refiero a la ética liberal de la razón práctica de Kant, sino a la ética entendida como responsabilidad por el otro. Quienes se preocupan por “otros” pensando ser bondadosos con ellos, con los pobres ignorantes en cultura moderna, no son éticos, porque su actitud asistencialista reproduce una diferencia que es la misma que existe entre quien arroja una moneda a quien no tiene más remedio que aceptarla, pues no puede hacer lo mismo.

libro original. “Ningún” pensador o escritor presenta el resultado de sus investigaciones o los efectos de su genialidad literaria en versiones resumidas o sintéticas. Todo lo contrario. Aunque resulte perogrullesco decirlo, el conocimiento crítico, teórico o artístico se presenta en libros originales, con toda su complejidad y riqueza, aspecto que es sobradamente positivo para la educación, si ella no busca caer en la simple universalización de la cultura moderna. Los libros de texto, en cambio, hacen precisamente todo lo contrario. Metafóricamente interesados por desenredar el conocimiento de los verdaderos pensadores (investigadores y/o intelectuales), un autor de libro de texto estructura un discurso esquemático, vacío de complejidad y profundidad, con lo que puede tomar de libros originales o, peor aún, de otros libros de texto. Así, el libro de texto es un discurso cuyo espíritu está configurado a fuerza de arrancarle un poco de espíritu original a libros originales.

El libro de texto es un cementerio de contenidos. El cementerio es el mismo libro de texto y las tumbas los cuerpos de contenidos ya sin espíritu, esto es, sin riqueza ni complejidad. ¿Acaso esto no convierte al libro de texto en un perverso enemigo de los libros que refieren pensamientos originales? Lo digo porque estoy seguro de que los pensadores y escritores preferirían ser leídos en persona antes que alguien más resuma sus ideas y los presente en un libro enciclopédico, evitando u obstaculizando, de ese modo, que los lectores recurra a los contenedores -los libros- de conocimiento complejo. Si hemos de traer a colación la queja de los cultos o ilustrados de que en un país no se lee, pues ya sabemos que uno de los enemigos de la lectura es el mismo libro de texto y, naturalmente, sus promotores o auspiciadores.

Por lo tanto, el resultado de la existencia de un libro de texto son, básicamente, conceptos con flacas definiciones, insostenibles clasificaciones y esquemas y análisis de obras que se repiten siempre de la misma manera, sin importar la diferencia de las generaciones de educandos. Para ver en qué medida se da esto, no hay más que fijarse en que un determinado libro de texto que es usado en el 2006, fue el mismo que se usó para “(de)formar” educandos hace varios años. Está, también, aún el otro detalle de que un libro de texto presenta una perspectiva ya ideologizada de la realidad, perspectiva que simplemente queda aprender si se quiere ser “culto”, es decir, “moderno”.

En la posición de escribir libros de texto, hay también una actitud contra-pedagógica que considerar como otra de las causas de la acriticidad del libro de texto: la actitud de alguien de erigirse como el “explicador” -resumidor, descomplejizador o didactizador- de una serie de contenidos, porque quizás otros, que obviamente son los lectores inexpertos, no serían capaces, a priori, de comprender lo complejo del conocimiento producido por los pensadores. Esto quiere decir que en una educación basada en libros de texto, todos llegan únicamente a conocer lo ya comprendido o digerido por el libro de texto. ¿Qué gravedad tiene esto? Quienes leen libros de texto están aprendiendo lo ya comprendido por otro que es el autor del libro de texto. Eso quiere decir que se cancelan las posibilidades de “aprender a comprender”, porque lo mejor es aprender lo ya comprendido. La actitud de estructurar un libro de texto, entonces, está sustituyendo la posibilidad de que las personas lean libros originales, porque es el autor del libro de texto quien lo hará por ellos y no necesariamente con el criterio de aprender a comprender ni mucho menos, sino más bien con una razón comercial que llevará a vender explicaciones enciclopédicas, es decir, contenidos ya comprendidos a quienes renuncian, sin saberlo o porque no queda más remedio, a comprender contenidos complejos por ellos mismos. De este modo, la actitud de escribir libros de textos capitaliza la incapacidad de quienes no pueden comprender libros originales. Esto ocurre a pesar de la certeza hermenéutica³ de que las explicaciones no son necesarias para remediar la incapacidad para comprender. Al contrario. La “incapacidad es la ficción que estructura la concepción explicadora del mundo. El explicador es el que necesita del incapaz y no al revés, es él el que constituye al incapaz como tal.”⁴ Explicar contenidos complejos a alguien consiste en aclarar antes que él no puede comprender esos contenidos por sí mismo, razón por la cual serían necesarios explicadores como los autores de los libros de texto. Todo esto significa, en última instancia, que el libro de texto ya no sólo sustituye el “aprender a comprender” por la lógica de “aprender lo ya comprendido”, sino también la trampa pedagógica peculiarmente moderna de ser él, el libro de texto, el que decide qué se debe aprender. De todo esto emerge el otro argumento de que el libro de texto ya no sólo es acrítico, sino también un artefacto orientado a promover su misma condición acrítica en quienes se acercan a él, ingenuamente, en busca de “luces” que sólo encontrarán después de haber sido engegucidos.

³ Ver Hans-Georg Gadamer: Verdad y Método. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1996.

⁴ Jacques Ranciere: El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual. Barcelona: Laertes, 2003, p. 15.

Hasta aquí, los libros de texto, al descomplejizar el conocimiento de los pensadores y presentarlo en forma enciclopédica, cae -algunos involuntariamente- en el defecto de creer que el contenido ya digerido que transmiten es “objetivo”, “universal” o, en otras palabras, imprescindible. ¡Cómo si fuera posible decir algo desde ninguna parte, por fuera del lenguaje o del mismo pensamiento! ¿Cuál es el sesgo de esta implicación? No es posible asumir una posición extraña a la propia subjetividad. Todo lo que se dice o hace siempre se dice o hace desde una subjetividad. Cuando alguien lee un libro de texto, lo que en el fondo está leyendo, por lo tanto, es la subjetividad sintética de un determinado didactizador de conocimientos e investigaciones originales. Esto es superlativamente peor cuando a las profesoras y profesores se les ocurre “educar” recurriendo a los contenidos enciclopédicos de los libros de texto. Al hacerlo recubren la subjetividad de los educandos con la simple subjetividad de quien descomplejizó ciertos contenidos, una subjetividad que hace explícita la acriticidad de la racionalidad moderna. De esta forma, no se aprende más que lo que anticipadamente está dispuesto que se aprenda. Si pedagógica e ideológicamente esto ya es grave, cognitivamente es aún mucho más atroz, porque quienes se “educan” leyendo libros de texto no sólo dejan de realizar esfuerzos cognitivos para aprender a comprender, sino que se hace cada vez más difícil desarrollar la competencia más importante de todas: la autonomía intelectual, la facultad para producir sentidos con orientación crítica.

¿Qué hacer frente a las consecuencias indiscriminadas del hecho de que todavía existen libros de texto que hacen olvidar el horizonte pedagógico de suscitar la actitud crítica en quienes se encuentran en periodo de formación? ¿Se trata de educar recurriendo a contenidos enciclopédicos o se trata de educar haciéndonos responsables -éticos- con la subjetividad de quienes son diferentes a nosotros? Continuar educando con libros de texto significa también dar lugar a un proceso de paulatina disminución de la criticidad. Frente a la razón de los autores e instituciones que promueven la publicación y uso de libros de texto a nombre de una educación moderna, hay que erigir una educación con ética que ya no sólo sitúe a los educandos frente a la riqueza y complejidad de los conocimientos sino, para ser consecuentes también con nuestro plurimulticultural proceso histórico, es imprescindible incorporar la lectura (comprensión) de las distintas prácticas culturales que hasta ahora no han dejado de ser constitutivas de esta realidad que aún vivimos desprovistos de una actitud intercultural.